

to paso al través del ejército tártaro, que había hecho fuego varias veces sobre él; que no lejos de él había visto á un oficial francés de administración, el Sr. Ader, y á un cazador de á pie que luchaban desesperadamente en medio de un grupo enemigo; y que había tratado de acudir en su auxilio, pero considerándose impotente ante el número de los tártaros, habíase apresurado á reunir su pequeña escolta, habiendo todos debido su salvación sólo al vigor de sus caballos.

Este relato disipaba todas las dudas y ya no era cuestión sino de combatir: la batalla inmediata significaba tal vez la salvación de los rehenes, y de todos modos era la salvación del ejército. Sin pérdida de momento, sir Hope-Grant y el general Montaubán adoptaron sus disposiciones, ajustándolas á los indicios facilitados por el coronel Walker. A la derecha, los franceses, después de haberse apoderado de una pequeña aldea en donde se apoyaba la extrema izquierda enemiga, hicieron retroceder al ejército chino, lo desalojaron de otro pueblo y lo arrojaron sobre la artillería británica, que, calculando sus disparos con precisión admirable, abrió sangrientas brechas al través de aquellas espesas filas. Una carga de la caballería inglesa completó la obra comenzada, y muy pronto los tártaros, desconcertados por lo brusco del ataque, aterrados por los estragos de la artillería é incapaces de aprovecharse de su superioridad numérica, desaparecieron dejando á su paso los muertos y los heridos que se veían obligados á abandonar.

Nuestras pérdidas fueron muy escasas, siendo la más sensible de ellas la de un joven teniente, el señor de Damás, muerto gloriosamente en una carga que dió al frente de algunos spahís. La victoria, al disipar las vivas alarmas experimentadas por la mañana, demostró lo que podían sobre aquellas masas la disciplina, el arrojo y la precisión del tiro, y produjo una impresión de confianza que influyó felizmente en el resto de la campaña. Al extremo de la planicie divisábase Tchang-kiauang, que en los boletines de guerra dió su nombre al rápido y brillante combate (1).

La derrota era el primer castigo de la deslealtad china; pero una punzante inquietud amargaba la satisfacción del triunfo: la suerte que habría cabido á los rehenes. ¿Qué habría sido del Sr. Parkes y de sus compañeros, el Sr. Dubut, el coronel Grandchamps, el padre Duluc, en una palabra, todos los que no habían podido llegar á nuestras líneas? Esperóse, mejor dicho, se quiso esperar que el terror de nuestras armas y la perspectiva de nuevas represalias decidirían al enemigo á entregar las víctimas. El 19, confióse al segundo intérprete inglés, Sr. Wade, la peligrosa misión de partir nuevamente para Tung-chao é intentar un supremo esfuerzo cerca de los comisionados imperiales; la ilusión, sin embargo, duró poco. El Sr. Wade hubo de sufrir varias veces el fuego, afortunadamente poco temible, de los jinetes tártaros, y cuando llegó á Tung-chao, los mandarines, que al pronto no se dejaron ver como habían hecho ya con el Sr. Parkes, le dijeron luego varias veces, con la mayor naturalidad y fingiéndose sorprendidos, que los

(1) *Relation de l'expédition de Chine* redactada en el depósito de la guerra, págs. 128-130. - Parte del general Montaubán (*Moniteur*, 6 de diciembre de 1860). - Véase también *Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 176.

europeos habían salido de Tung-chao mucho antes de la batalla y que no sabían qué había sido de ellos. De modo que aquellos desdichados no estaban en la ciudad: ¿habrían sido entregados á los soldados y asesinados por éstos? Poco después, un chino capturado en un reconocimiento declaró que había visto dirigirse á Pekín una carreta cargada de cautivos europeos, y esta noticia, aun siendo alarmante, infundió cierta esperanza de encontrar todavía vivos á aquellos á quienes se lloraba ya como muertos (2).

## VII

Las reiteradas rupturas de las negociaciones, la mala fe china, la injustificable detención de muchos de los nuestros, todo aconsejaba abandonar el pasado sistema de las contemplaciones: así es que, después de deliberar largamente, generales y embajadores resolvieron de común acuerdo emprender una nueva etapa que seguramente les llevaría hasta los muros de Pekín.

El día 20 de septiembre, un atrevido reconocimiento permitió conocer el estado de los sitios que nos eran absolutamente desconocidos y medir los obstáculos que se alzarían en nuestro camino (3). A seis kilómetros delante de nuestros vivaques estaba Tung-chao, tan tristemente célebre desde entonces, y que distante unos quince ó diez y seis kilómetros de Pekín, hallábase enlazada con esta capital por medio de una ancha calzada de granito, obra grandiosa de las antiguas dinastías. Esta calzada, después de un trayecto de cuatro kilómetros, atraviesa mediante un sólido puente de piedra el canal que va desde el Pei-ho hasta Pekín. Allí había concentrado el enemigo sus medios de defensa: á ambos lados de la carretera habíanse concentrado importantes fuerzas de caballería y de artillería, y detrás de éstas, muchos batallones de infantería defendían la entrada del puente que se llamaba el *puente de Palikiao*, nombre de una aldea próxima al mismo.

Los aliados, animados por la victoria de Tchang-kiauang, no vacilaron, á pesar de su inferioridad numérica, en atacar aquellas posiciones, y el 21 salieron de su vivaque, los franceses al amanecer y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente hacia Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, habían de llegar hasta un puente de madera situado aguas arriba á tres kilómetros del de piedra, pasarlo y caer sobre la retaguardia del enemigo. Los nuestros no tardaron en ponerse en contacto con los primeros centinelas chinos obligándoles á replegarse, y entonces se desplegó delante de ellos toda la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Varias veces intentaron aquellas masas enormes romper nuestras filas; pero siempre se estrellaron sus esfuerzos contra la serena energía de nuestros infantes que esperaban á pie firme á sus adversarios y luego les acribillaban con sus proyectiles mientras la artillería les cañoneaba de flanco. Después de varios movimientos ofensivos, los enemigos, cansados de perder gente, comenzaron á dar vueltas y al fin desaparecieron, siendo perseguidos en

(2) Véase el despacho de lord Elgin á lord Russell, de 23 de septiembre de 1860 (*Correspondence respecting the affairs in China*, págs. 173 y 174).

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

su retirada por el fuego de nuestras baterías. Una vez dueños del terreno, la infantería y los cazadores dirigieron rápidamente á una aldea situada delante del puente de piedra y se lanzaron luego hacia el puente mismo, que era el verdadero objetivo del combate y en el cual los chinos habían acumulado, como hemos dicho, su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos personajes ilustres, ricamente vestidos, que agitaban banderas bordadas en oro, como

biese producido tan sólo un movimiento de pánico, ó si al choque de los escuadrones tártaros un solo pelotón de infantería hubiese cedido dejando romper sus filas, aquella brecha habría disgregado el resto de las fuerzas, y el pequeño ejército, separado en grupos impotentes, se habría visto irremisiblemente perdido. Lo que aseguró el triunfo fué, aparte del espíritu de disciplina y de la solidez de la infantería, la superioridad de nuestro armamento: los testigos de aquella guerra re-



Batalla de Palikiao

para reunir en torno suyo á sus contingentes indecisos, y que en tres ó cuatro ocasiones, dando pruebas de un valor digno de mejor suerte y sin preocuparse de que sus trajes suntuosos constituían blancos seguros, avanzaron por el puente procurando mantener ó restablecer la disciplina de los batallones que flaqueaban. Vióseles caer uno tras otro, oprimiendo todavía entre sus brazos sus vistosos estandartes, mientras sus tropas vacilantes y en parte ya desbandadas retrocedían mucho más allá del canal, se diseminaban y huían en dirección á Pekín (1).

A eso del mediodía y antes de que los ingleses hubiesen terminado su movimiento envolvente, habíase decidido la victoria, que había resultado fácil, á juzgar sólo por la cifra de las pérdidas que, por nuestra parte, no habían pasado de una veintena de muertos ó heridos (2), pero que no por esto dejaba de ser meritoria. Si ante la presencia de la multitud innumerable se hu-

cuerdan todavía la desdichada artillería china, cuyos proyectiles pasaban por encima de las cabezas é iban á perderse en los árboles, los fusiles de mecha y los fragmentos de flecha recogidos en el campo de batalla, armas infantiles de un pueblo que, habiéndolo descubierto todo en remota fecha, no había querido perfeccionar nada.

Dos días después, el general Montaubán, en un informe enviado al ministro de la Guerra, insistía mucho en el número de sus adversarios, que estimaba en cuarenta ó sesenta mil hombres, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para darse cuenta de nuestra victoria es preciso remontarse á un pasado muy lejano y recordar los triunfos constantes que unos puñados de soldados romanos obtenían sobre las hordas bárbaras (3).» Y tenía razón el general: todo aquello era tan extraño que sólo una cosa podía serlo más en lo sucesivo y era el espectáculo de «aquel puñado de hombres» plantando su bandera en las murallas de Pekín.

(1) Véase *Relation de l'expédition de Chine*, redactada en el depósito de la guerra.

(2) Franceses: 3 muertos, 18 heridos; ingleses: 2 muertos, 16 heridos (Doctor Chenu, *Spectateur militaire*, marzo de 1875).

(3) Informe del general Montaubán, de 24 de septiembre de 1860 (*Moniteur* de 29 de noviembre de 1860).